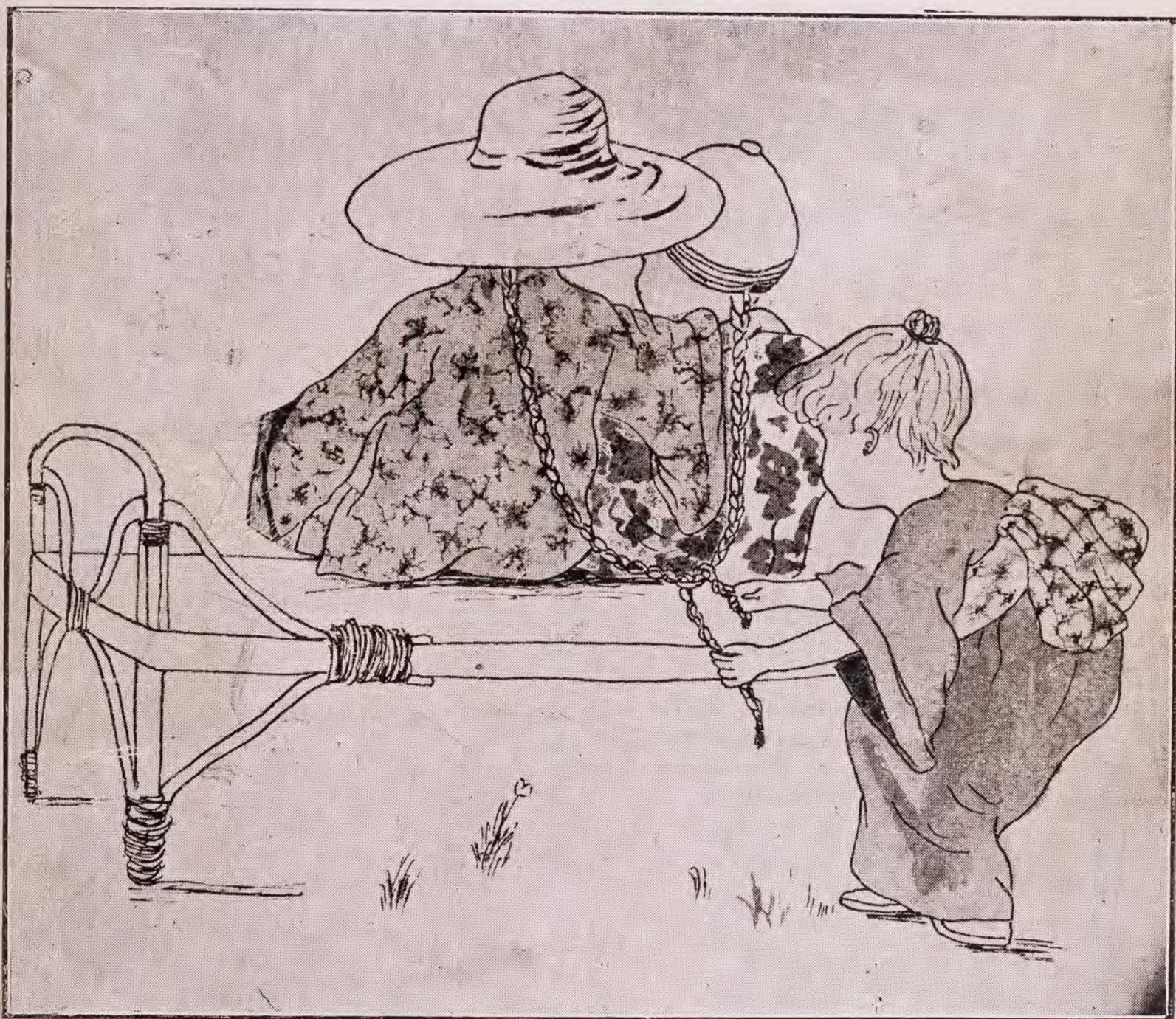


Ñanchito



Revista Semanal Ilustrada para Niños.

VOLUMEN II

BOGOTA, MAYO 17 DE 1934

NUMERO 39

EL DIBUJO PARA LOS NIÑOS

con lápices y cajitas de colores que vende EL MENSAJERO, es el pasatiempo más agradable y útil.

En la misma Librería y Papelería, es la agencia de *Billiken* y *Marilú*, las mejores revistas argentinas para niños.

EL BANCO DE LA REPUBLICA

interesado en facilitar a la juventud la consulta de obras sobre cuestiones económicas y financieras, y aumentar en la generalidad de las gentes la afición por este género de estudios, ha resuelto abrir para el público la BIBLIOTECA DEL BANCO, que está siendo provista de las obras nacionales y extranjeras de mayor actualidad.

HORAS DE LECTURA:

DE 2 A 4 Y MEDIA P. M.,
TODOS LOS DIAS,
EXCEPTO LOS SABADOS
Y DOMINGOS

Estufitas eléctricas de verdad !

Para la cocina
del muñequero

Pídele a tu mamá que te
lleve a verlas al almacén de la

Energía

Calle 13, No. 10-69

UNA BUENA IDEA

El niño que colecciona estampillas desea saber, y sabe más, acerca del mundo, que uno que no colecciona. La Geografía, la Historia, la Botánica, las monedas y muchas materias más útiles le son familiares en poco tiempo por medio de este pasatiempo.

Todas las autoridades educacionistas más adelantadas están de acuerdo en que el coleccionar estampillas ayuda al niño a formar hábitos de pulcritud, orden y economía.

Paquetes desde 50 hasta 1.000 estampillas diferentes, desde \$ 0.25. Álbumes de todos tamaños. Catálogos de precios franceses y americanos y toda clase de accesorios para filatelistas.

LISTA DE PRECIOS A QUIEN LA SOLICITE

AUGUSTO DUFFO

BOGOTA

CALLE 12, NO. 6-47 - APARTADO 245

PARA LOS NIÑOS

EL MEJOR
RECONSTITUYENTE

EXTRACTO
DE
MALTA DE

BAVARIA

Con licencia de la Comisión
de
Especialidades Farmacéuticas.

ARTICULOS DE PINTURA



COLORES AL OLEO

COLORES A LA ACUARELA

COLORES PARA ANUNCIOS

COLORES PARA PINTAR SOBRE TEJIDOS

TIZAS PARA PINTAR AL PASTEL

TIZAS AL OLEO

PAPELES, PINCELES,
PALETAS, LAPICES, ETC.

OPTICA ALEMANA

SCHMIDT HERMANOS

CALLE 12, NUMERO 176

Nada tan rico

como frotarse el cuerpo,
después del baño
con

Agua de Colonia

Pídele a tu papá

una botellita de una
que es superior, y
no cuesta mucho:

la de la
**PERFUMERIA de
CUNDINAMARCA**

Calle Real con Calle 15
BOGOTA

LEER ES ILUSTRARSE

ILUSTRARSE ES CONTRIBUIR
AL ENGRANDECIMIENTO DE
LA PATRIA

NIÑOS:

Concurrid a la Biblioteca Infantil, situada en el Parque de la Independencia, no lejos de la estatua del Libertador.

Allí serán puestos a vuestra disposición los libros más bellos, amenos e interesantes. Cuentos, novelas narraciones, historias, obras de arte y de ciencias.

HORAS DE LECTURA:

DIAS MARTES A SABADO, DE 9 A.M., A 12 M., Y DE 2 1/2 P.M., A 5 P.M.

DOMINGOS, DE 10 A.M., A 12 M.

LUNES NO SE ABRE.

CHANCHITO

REVISTA ILUSTRADA PARA
NIÑOS

APARECE LOS JUEVES

Directora, Mercedes Caro

ADMINISTRACIÓN:

Calle 57 - 8-13—Tel. 82 Ch.



VALOR DEL EJEMPLAR EN
TODO EL PAIS \$ 0.10

SUSCRIPCIONES:

3 meses (13 Nos.) \$ 1.20
6 meses (26 ") \$ 2.30
1 año (50 ") \$ 4.50

Por correo: Apartado 385

Por telégrafo: Chanchito.

VOLUMEN II

BOGOTA, MAYO 17 DE 1934

NUMERO 39

RUEDAS Y PALANCAS

Dos sobrinitas mías, suscriptoras de CHANCHITO, con quienes almorcé hace algunos días, me contaban que una prima de ellas, personita de pocos años y muchas marrullas, les había pedido que la trajeran a mi casa para ver cómo se hacía la revista, porque ella creía, y esto les causaba mucha gracia a mis sobrinas, que yo poseía una máquina, por el estilo de las de hacer helado, la cual, provista de algunos ingredientes y mediante un movimiento de manubrio, producía CHANCHITOS del sabor que uno quisiera, de mora o de guayaba, de fresa o de curuba. Cuando mis sobrinas me refirieron todo esto con mucha burla, yo les dije: "Pues esa niña no está muy descaminada". En efecto, esta revista es el resultado de una máquina que tiene unas ruedas de carne y hueso y otras de metal. Hay una rueda, por ejemplo, que me la prestan cada ocho días y que puesta en su sitio, produce los Retazos de historia: a veces no funciona, como sucedió en la semana antepasada, no por falta de aceite, sino de tuercas. Hay otra rueda excesivamente fina y vibrante, a la cual está encomendada la parte artística de la revista, las portadas y otras ilustraciones. Una rueda pequeña y que se mueve mu-

cho, hace los dibujos de las páginas del centro. Todo este conjunto de piezas se mueve por medio de una palanca vieja, torcida y bastante oxidada, pero que trabaja bien. Es la única pieza antigua; todas las demás son nuevas y flamantes.

El material que producen esas ruedas pasa a la imprenta, en donde cajistas, fotograbadores y linotipistas lo transforman y lo alistan para entrar a otras máquinas, de las que sale CHANCHITO casi terminado, y entra a la plegadora, a la cosedora y a la recortadora. De allí lo retira otra rueda, que se llama Rueda, y que circulando por las calles sobre las ruedas de una bicicleta, lo va distribuyendo a los suscriptores y depositándolo en el correo.

Como lo ve la prima de mis sobrinitas, CHANCHITO es el resultado de un conjunto de esfuerzos y voluntades y el producto de una máquina que no se parece a la de hacer helados y que trabaja constantemente, y a veces hasta tarde de la noche, para que unos cuantos niños y niñas tengan cada ocho días un rato de distracción y sientan que hasta sus almas llega un pequeño rayo de sol. Esta es la misión del buen marranito, insignificante al parecer, noble y grande en realidad.

PRESTIDIGITACION

Quieres, lector o lectora, hacerle una buena prueba de prestidigitación a tu tío, a tu abuelito o al novio de tu hermana mayor? Voy a enseñarte una muy curiosa. Tomas un palo de la baraja española, los oros por ejemplo, y después de arreglarlo como te explicaré en seguida, lo colocas con las cartas para abajo y sacas la última que debe ser el as; la carta que sigue la pasas encima del montón, y sacas la tercera, que debe ser el dos, luego colocas la carta que sigue encima y sacas la quinta, que debe ser el tres, y así sucesivamente, hasta que sacas todas las cartas en orden de as a rey. El arreglo que debes dar a las cartas para que te resulte la prueba, es el siguiente:

As, Seis, Dos, Rey, Tres, Siete, Cuatro, Caballo, Cinco, Sota.

Si el señor novio de tu hermana, después de trabajar y pensar mucho, logra adivinar la combinación, le haces la misma prueba con las trece cartas de un palo de la baraja inglesa, para lo cual las arreglas en la siguiente forma:

As, Q, Dos, Ocho, Tres, J, Cuatro, Nueve, Cinco, K, Seis, Diez, Siete.

Si aprendes a hacer esta prueba y te gusta, en los próximos números te enseñaré a hacer otras muy bonitas y que pueden servirte de entretención de sobremesa.

Pánfilo.

FABULA

En una trampa de coger ratones
 cayó una famosísima ratona,
 y su esposo el ratón al verse viudo
 de tan gentil persona,
 contenerse no pudo,
 y dejando caer dos lagrimones
 con una mueca en que el dolor se estampa,
 movió la puntiaguda cabecita,
 y exclamó: "Pobrecita!
 Se la llevó la trampa!"



(Continuación)

—En cinco céntimos.

—¡Ay Dios mío!, exclamó Santiago batiendo las dos manos, cerca de ciento por ciento de ganancia!

—Dispense usted, dijo el pequeño comerciante, también me cuesta trabajo el buscar quien me compre.

—Es justo, muy justo, replicó Santiago, solamente quería decir que tiene un oficio muy provechoso, si vende mucho.

—Hoy por ejemplo, dijo el muchacho, de un solo golpe he vendido cuarenta varas a una señora.

—Cerca de dos francos que echó usted en el bolsillo.

—Sin contar otras cositas que he vendido de un lado y de otro.

—¿Pues entonces usted gana mucho más de lo que necesita para vivir?, dijo Santiago doliente, abriendo los ojos bien grandes, y mirando la caja.

—Sin duda alguna, y hago economías para llegar a alquilar una puerta.

—¿Cómo alquilar una puerta?

—¡Ay sí! y es más provechoso que correr las calles, y además se cansa uno menos. Cuando se ha podido reunir una suma bastante fuerte para pagar la licencia de instalarse en una puerta cochera con una silla y una mesita donde se pone la mercancía, entonces se vuelve uno tendero de veras. Es fácil de tener parroquianos en un barrio, y es necesario ser muy desgraciado para no enriquecerse con el tiempo.

—Pero cuando usted empezó su oficio, ¿tenía dinero para comprar su mercancía? dijo Santiago suspirando.

—He comenzado con seis francos que mi

madrina me había regalado, respondió el niño.

—Yo no tengo madrina, pensó Santiago, con el corazón tan apretado por el pesar, que dejó bien pronto después a aquel de quien envidiaba demasiado la suerte. Sin embargo, le deseó con todo su corazón una prosperidad que no podía esperar para sí.

Desde entonces fue perseguido Santiago por una idea fija que su imaginación no podía rechazar. Dejaba de divertirse con mil cosas que antes le distraían y que le daban paciencia para sobrellevar su suerte tan desgraciada. No podía ver pasar uno de los mercaderes que recorren las calles sin decirse: “¡Qué afortunado es éste! Que haga frío o calor, que estemos en verano o en invierno, gana su vida lo mismo”.

Por más preocupado que estuviera, no dejaba, sin embargo, de hacer todos los esfuerzos posibles para salir de la miseria. No contento con ocuparse en recorrer las calles desde el amanecer, con esperanza de encontrar una chimenea de cocina para deshollinar, apenas se adelantaba el día, volvía a su casa, se limpiaba las manos y la cara, se vestía con su buen traje, y después se iba a parar en una esquina, buscando la ocasión de ganar una comisión, hasta la hora en que se abrían los teatros. Allí se metía para abrir las puertecillas de los coches o ir a buscar fiacres a la salida del teatro. No siempre inútilmente se daba el pobre muchacho tanta pena y daba tantos pasos; con todo eso lo que ganaba en sus mejores días se reducía a tan poca cosa que apenas si tenía bastante para comer. Todas las noches, antes de acostarse, contaba los ocho o diez sueldos de que se componía habitualmente su fortuna, y después los volvía a poner en su

faltriguera, pensando tristemente en los diez francos que tan pronto tendría que dar a la señora Gervais. Entonces para no entregarse a la desesperación, se ponía a rezar y dirigiéndose llorando al padre de los huérfanos, pedía a Dios que lo sacara de apuro. Dios lo escuchó.

Un día que había salido muy temprano, vio relucir una cosa en la basura que habían depositado cerca de una gran puerta cochera. Sin pensar que eso pudiera ser un objeto de precio, no puso menos celeridad en ir a examinar para cogerla. ¡Cuál no fue su gozo. Dios del cielo!, cuando reconoció una pieza de cinco francos enteramente nueva! La vista de este tesoro le quitó el aliento durante algún tiempo. Sus ojos no lo creían, y como era ya de día, se quedó parado contra una pared riendo, llorando y volviendo en todos los sentidos su venturoso hallazgo, sin poder despegar los ojos de él. De repente le vino un pensamiento atroz: “¿Puedo considerar que esta pieza me pertenece? ¿Quién sabe si alguien que la necesitaba no la ha botado por descuido con la basura? Cinco francos a los ojos de Santiago era una suma tan importante que apoderarse de ellos, así en secreto, era cometer el robo de una fortuna. Reflexionó un momento en las ventajas que le traía el apropiarse este dinero, a los remordimientos que tendría de haberlo guardado; en fin, su conciencia pura triunfó de la tentación, y rechazando todos los pensamientos que le empujaban a apoderarse del bien ajeno, con una mano puso en su faltriguera la pieza de cinco francos y con la otra tocó valerosamente en la puerta cochera.

Entró en la habitación de la portera y le preguntó con voz temblorosa de emoción si no había botado la víspera la basura de su casa cerca de unas inmundicias; esta mujer, que había dejado su trabajo para ir a abrirle la puerta, le respondió de muy mal humor que no. “Pero sírvase usted decirme si algunas personas de la casa no han botado algo desde ayer.

—La Teresa, cocinera del primer piso, ha botado ayer noche, dijo una niñita sentada en un rincón mientras comía, un buen pedazo de pan con manteca.

Como Santiago estaba bien resuelto a devolver al verdadero propietario su dinero, no titubeó un momento en subir al primer piso y dirigiéndose a la señorita Teresa, cuya cocina encontró abierta, le pidió que contara su dinero para ver si no había, por descuido, echado una pieza de cinco francos cerca de la puerta cochera y en el lugar que ya hemos dicho. Afortunadamente Santiago se había dirigido a una persona honrada, y esta muchacha echándose a reír le dijo: “No, hijo mío, no tengo piezas de cinco francos que botar a la calle.

—Es que acabo de encontrar una en medio de las porquerías, dijo él.

—Pues bien, compadrito, tú te la puedes guardar, es tuya.

—Es cierto que he hecho todo lo que he podido para devolverla, dijo Santiago con los ojos brillantes de alegría.

—Y por eso te ha de traer dicha, exclamó la buena muchacha. No es necesario muchas veces tener más para enriquecerse.

Estas palabras retumbaban aun en el oído de Santiago que ya estaba lejos de la casa donde las habían pronunciado y le hacían nacer en el entendimiento una infinidad de ideas más alegres unas que otras. Mientras estaba comiendo una gruesa manzana que le había regalado la buena Teresa, sentía vivamente no haber preguntado al pequeño comerciante que vendía las cintas de hilo, en qué barrio de París se encontraban las fábricas, porque no titubeaba sobre el modo de emplear su riqueza. Poseía solamente una parte de lo que iba a deber a la señora Gervais, y esperaba duplicar sus fondos y tal vez triplicarlos antes del término fatal. No tenía para llegar a este resultado tiempo que perder; era menester hallar la mercancía, y como no economizaba nunca el caminar más o menos, se resolvió bien pronto a recorrer la ciudad de un lado a otro para buscar una fábrica.

Había pues visitado muchas calles que veía por primera vez, teniendo buen cuidado de leer todas las muestras que se ponen sobre las puertas de las tiendas, o sobre las paredes, cuando en el arrabal San Germán se paró delante del cartelón siguiente: *Depó-*

sito de la fábrica del papel Gaudin y compañía.

Pues bien aquí hay uno, se dijo, pero es de papel... ¿y qué me importa a mí? Tal vez puede uno ganar tanto vendiendo papel como cintas de hilo. He visto más de diez muchachos en la calle de San Antonio y en los Bulevares que estaban vendiendo papel. Iba a entrar, pero, echando una mirada sobre su traje de deshollinador, se detuvo un momento reflexionando con razón, que sus trapos, llenos de hollín, le harían cerrar, quizás, las puertas de una hermosa tienda, y corriendo a su casa, no tardó mucho tiempo en volver con una camisa blanca y su buen vestido.

Mientras se estaba vistiendo, había tenido lugar de pensar en el modo de presentarse en casa de esos grandes comerciantes. No habiendo tratado jamás con gentes tan distinguidas, se preocupaba no poco de la acogida que le iban a hacer. Afortunadamente Santiago no era tímido. Como no había hecho nada, ni pensaba hacer nada que no pudiera decir a todo el mundo, tenía esa confianza que una conciencia sin mancha da a los hombres de toda edad. Entró pues en el almacén, con la cachucha en la mano y saludando muy bajo a un señor gordísimo que estaba escribiendo sentado en el mostrador, se aproximó en seguida a un joven ocupado en arreglar unos masos de papel y saludando de nuevo le dijo con una voz suavísima:

—Quiere usted, señor, venderme veinte o treinta céntimos de papel?

—Aquí no se vende por menor, hijito, respondió el dependiente, echando sobre él una mirada y siguiendo su ocupación.

—Por menor?, repitió Santiago, con un tono que anunciaba que no había comprendido.

—Sí, dijo el dependiente, lo menos que se puede comprar es una resma.

—Tenga la bondad de decirme lo que cuesta una resma.

—Es según el papel: tres francos, cuatro francos y más caro.

Y mientras estaba hablando así, el dependiente seguía arreglando su papel sin mirarlo.

“¡Cuatro francos!, se dijo Santiago con el alma llena de dolor; sería preciso entonces exponer todo! ¿Y si no tengo éxito y no vendo este papel, qué voy a hacer para vivir?... Más vale buscar una fábrica de cintas de hilo; sin duda las cintas no son tan caras; ¿pero dónde encontrar una fábrica de cintas de hilo?”

Entregado el pobre niño a sus cavilaciones, se quedó inmóvil en el mismo lugar y el pesar que experimentaba se pintaba en sus facciones. Al fin, mientras se dirigía tristemente hacia la puerta, el señor que se hallaba cerca del mostrador y que había fijado en él la atención, lo detuvo.

—¿Por qué querías comprar treinta céntimos de papel, niño? ¿Tienes muchas cartas qué escribir?, le dijo riéndose.

—Dispense usted, señor; respondió Santiago con una voz alterada, y saludándole, no era para usar de él.

—¿Para qué entonces?

—Para venderlo y ganar algo con él.

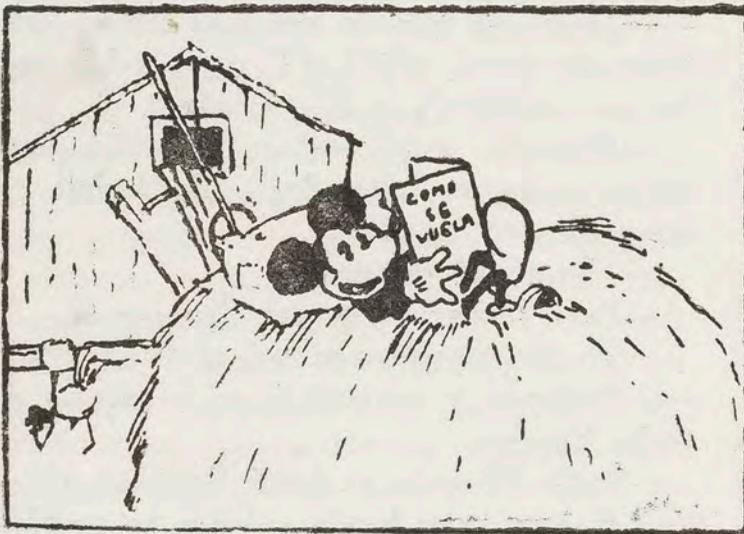
—Ya comprendo, contestó el señor gordo con desprecio y severidad, es un medio de pedir limosna.

—Pedir limosna, exclamó Santiago alzando con orgullo su bonita cabeza; yo no pido limosna, señor; yo me llamo Santiago Morlot, y jamás en mi familia nadie ha pedido limosna. Si Dios hubiera permitido que durase el frío todo el año, yo ganaría todavía mi vida deshollinando las chimeneas; pues me había conseguido ya buenos parroquianos en sólo seis meses que hace que estoy en París.

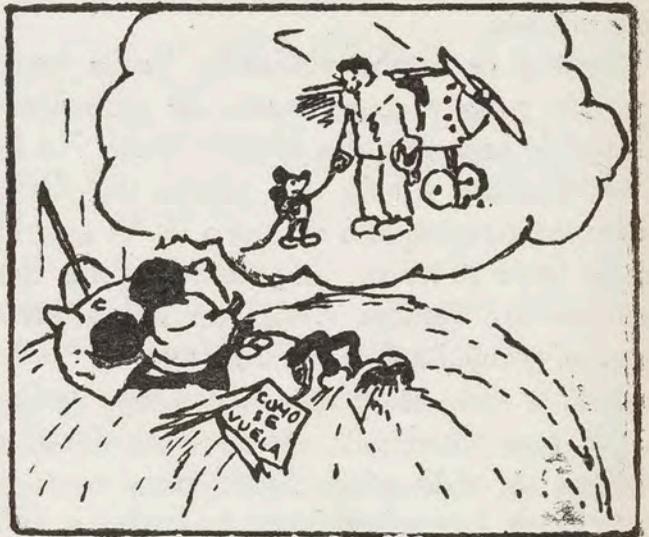
Hay cierto acento que sale del alma de las gentes honradas y que no engaña a nadie. Tal era el que había empleado Santiago aunque tan joven para rechazar lo que le parecía un insulto. Sus mejillas que se habían puesto coloradas, su modo de hablar tan firme y la mirada llena de confianza que acompañaba sus palabras, lo disculparon tan completamente a los ojos del desconocido, que éste le dijo del modo más bondadoso:

—Pues qué, ¿tú esperas ganar así tu vida, haciendo este pequeño comercio en las calles?

(Continuará).



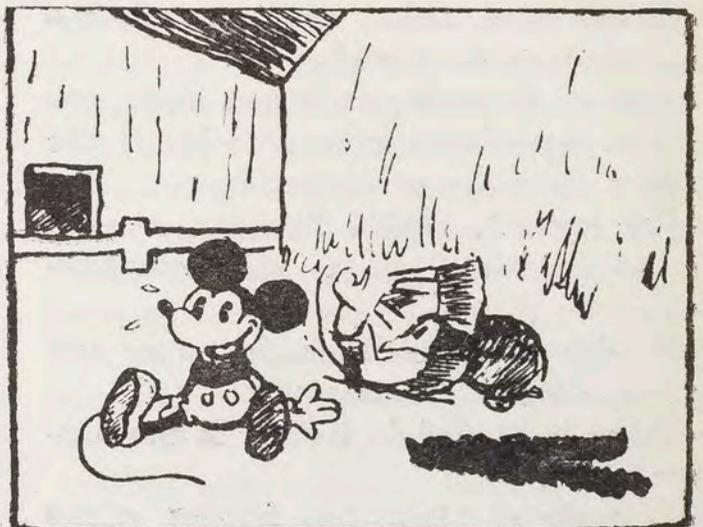
1. — Mickey, ratoncillo malicioso, estaba entregado a la lectura del libro: *Cómo volar*, por el famoso Lindbergh.



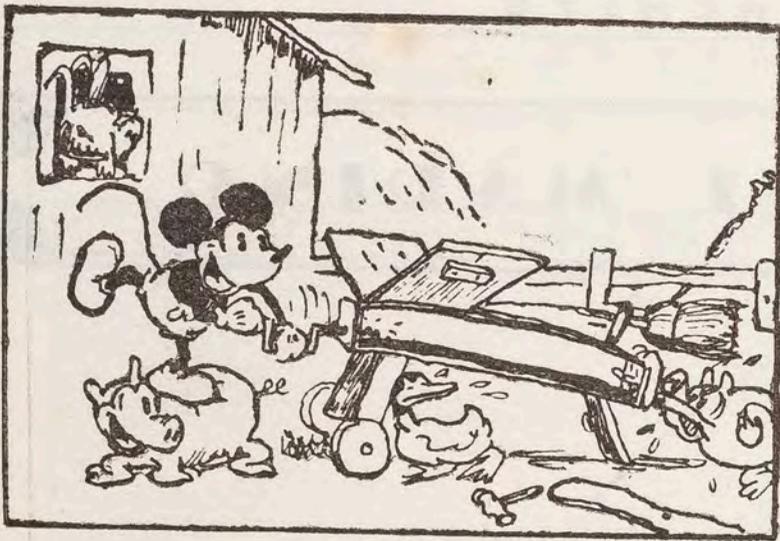
2. — En esto se durmió y soñó que Lindbergh, estrechándole la pata, le decía: "Mickey, tú serás un gran aviador".



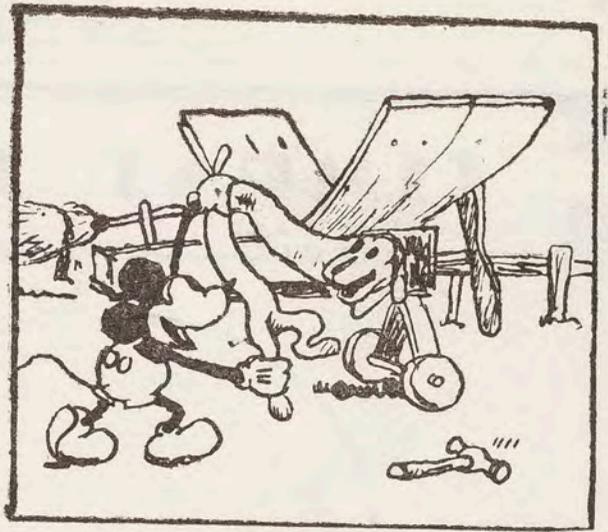
3. — Y Mickey se vio recorriendo triunfalmente las calles de las capitales.



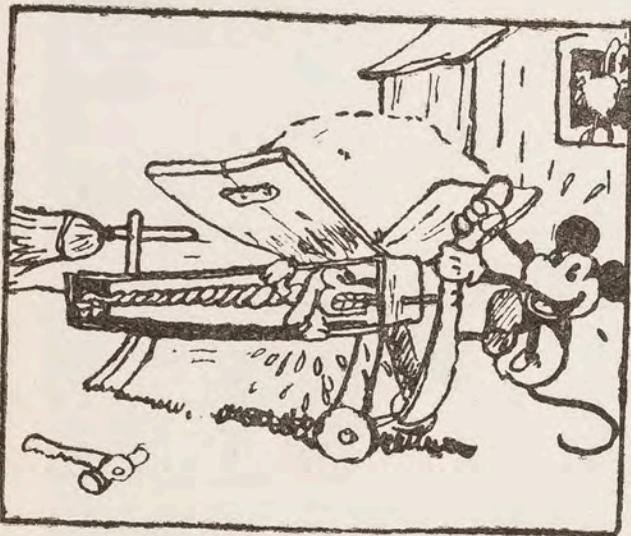
4. — En su entusiasmo se levanta y cae al suelo. Ah! Todo había sido un sueño.



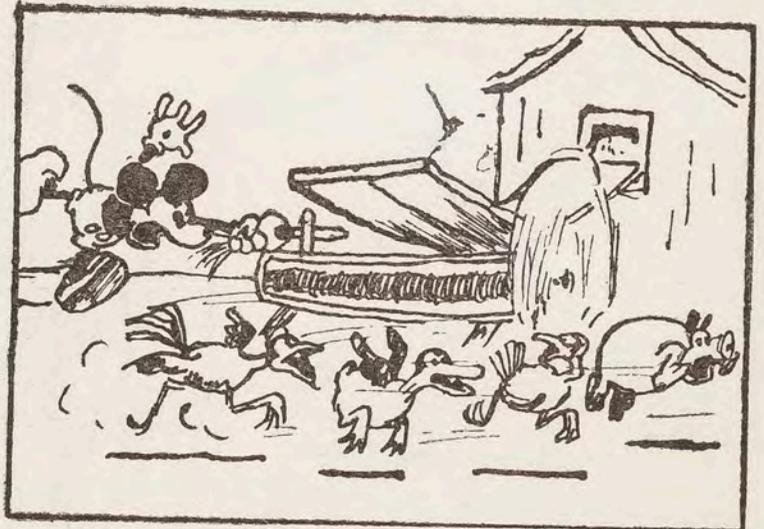
5. — Un sueño, sí, pero que se realizará. Mickey recoge todo lo que puede y construye el más extraordinario avión de que haya noticia.



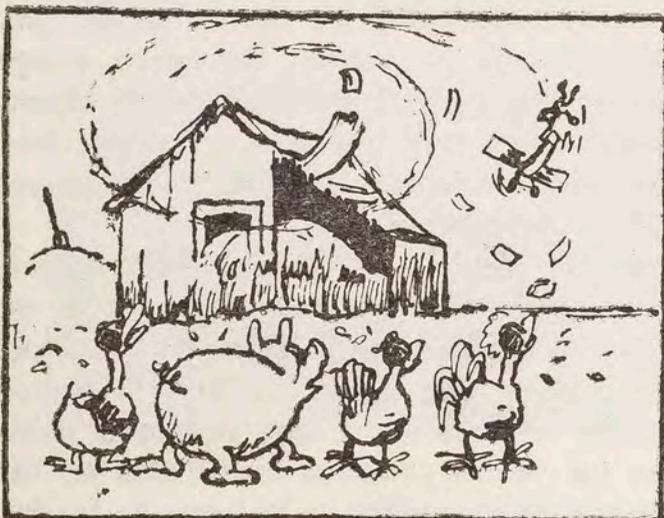
6. — Mickey trata en vano de poner la hélice en movimiento.



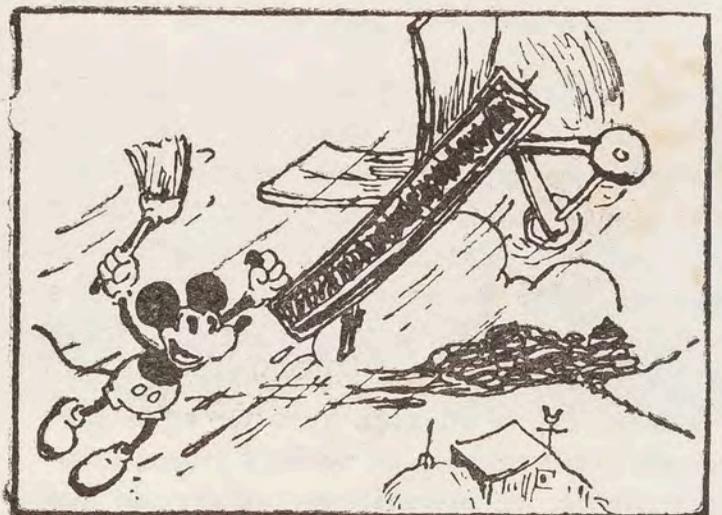
7. — Agarró a Trotty, el perro, para hacer de él una de las ruedas del aparato. Y Trotty se transformó en resorte.



8. — De repente el aparato se levanta arrastrando a Mickey.

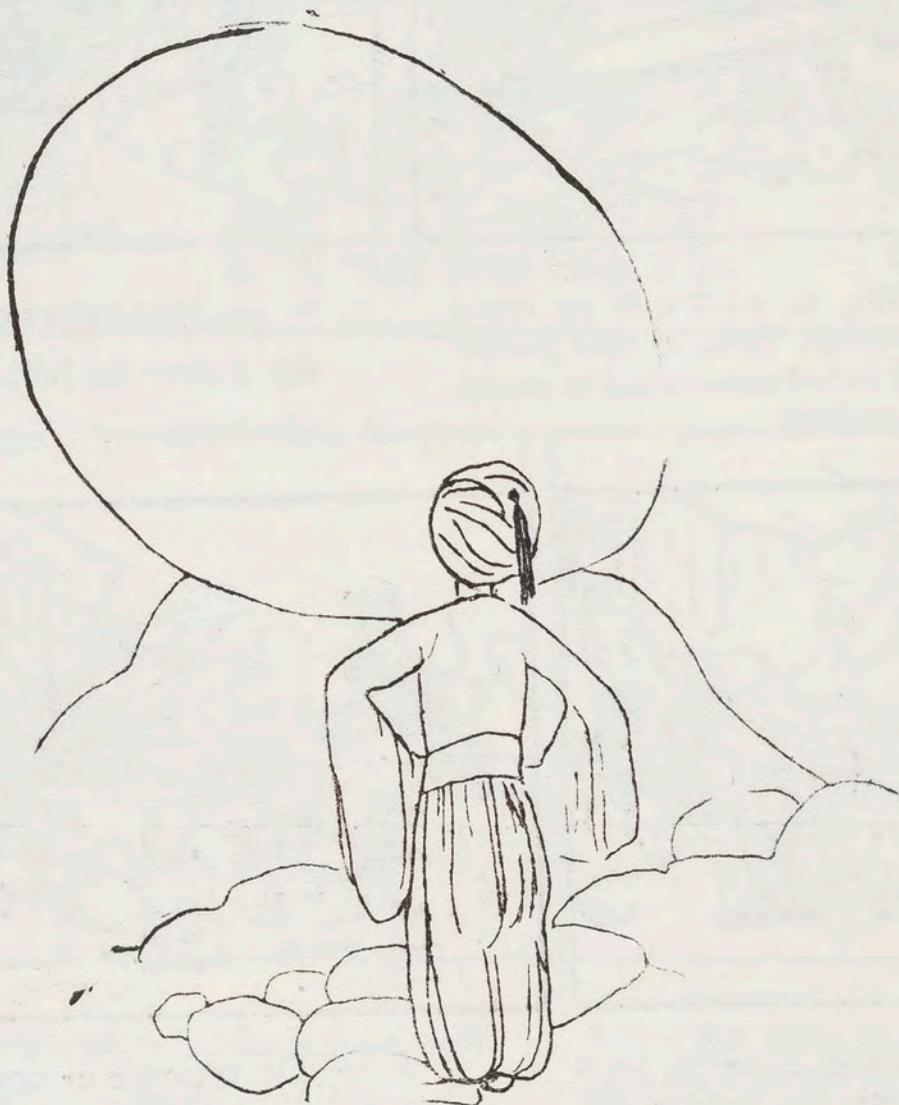


9. — El singular avión va, viene, desciende y se levanta, no sin causar algunos daños.



10. — Al fin el avión empieza a subir. "Más alto! Siempre más alto!" grita Mickey.

SIMBAD EL MARINO



(Continuación)

Aventura del pájaro Rock.

Una esclava entró, y dejó sobre la mesa un cestillo de esparto lleno de uvas como de ámbar, y de color de amatista. Y trajo luego grandes abanicos de palma que dió a cada invitado, porque era la hora de la siesta, y el calor hacía acezar a los lebreles en la sala de los festines, alargados sobre las losas de mármol.

Simbad bebió un gran vaso de agua perfumada con una hoja de verde y fresca menta, y siguió el maravilloso relato de sus viajes.

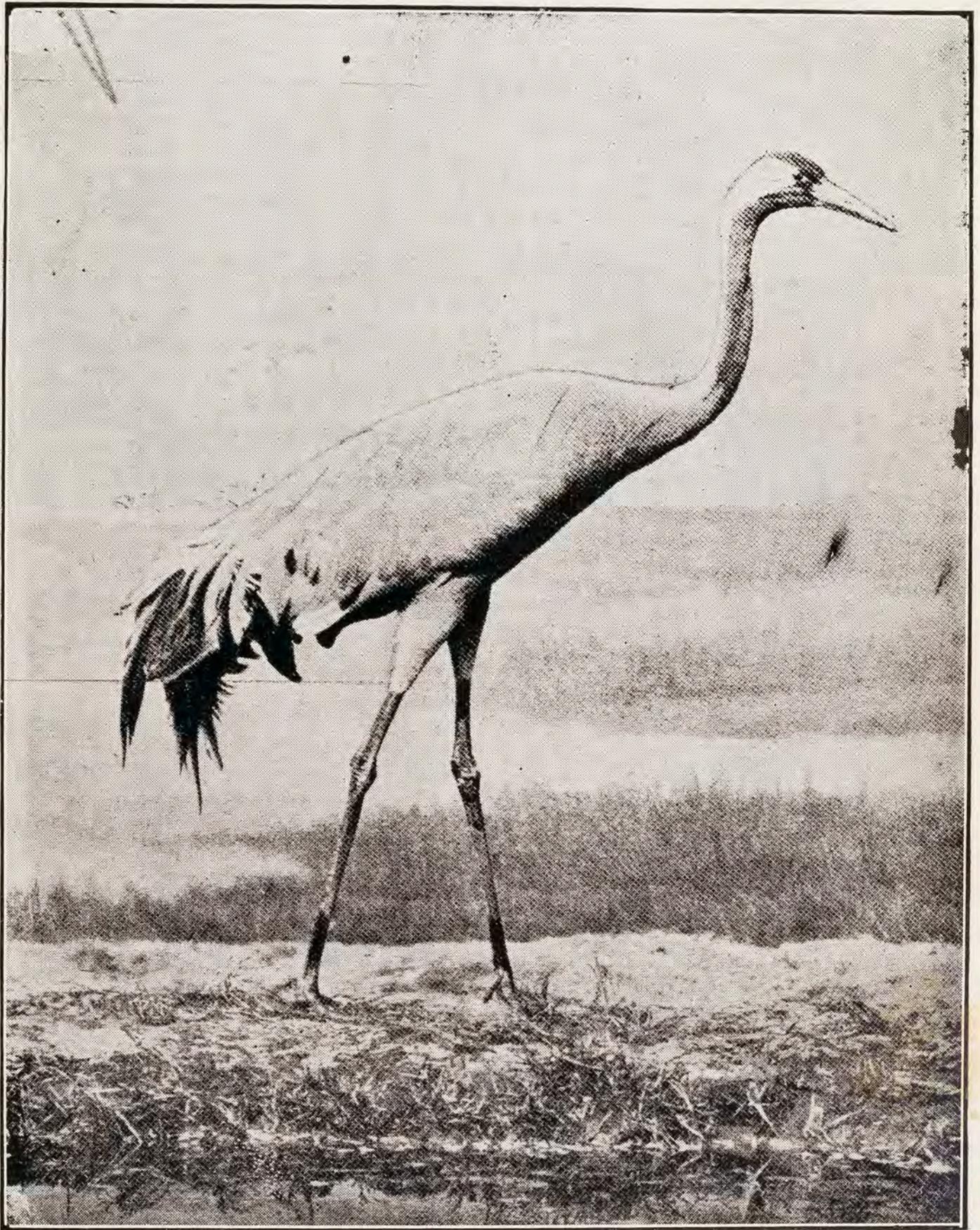
—Aquella vida de ocio me cansaba, y sentía la nostalgia del gran mar lejano. De nue-

vo despertóse en mí el deseo de viajar, de ver países desconocidos, en vez de permanecer soñando entre los muros de mi palacio o los de mi jardín. De nuevo compré mercancías, y partí acompañado de algunos comerciantes muy honrados y amigos míos. Nos encomendamos a Dios, y empezamos nuestra navegación.

Fuimos de isla en isla haciendo negocios muy ventajosos. Un día llegamos a una nueva isla, llena de árboles frutales, pero tan desierta que no vimos en ella persona alguna, ni caseríos, y nos fuimos a pasear por las verdes praderas esmaltadas de tulipanes y de junquillos, a lo largo de los frescos arroyuelos.

Mientras unos se divertían recogiendo flo-

Pasa a la pág. 15



GRULLA COMUN

Hasta fines del siglo XVI, esta hermosa ave (*Megalornis grus* Linneo) era abundante en casi toda Europa y el Norte y centro de Asia, emigrando hacia el Sur en bandadas, que adoptan la forma de V y que obedecen las indicaciones del individuo que forma el vértice. Hoy día es ya muy escasa en Europa.



EL TOPO Y OTROS ANIMALES

Ciertos animalitos,
todos de cuatro pies,
a la gallina ciega
jugaban una vez.

Un perrillo, una zorra
y un ratón, que son tres;
una ardilla, una liebre
y un mono, que son seis.

Este a todos vendaba
los oios, como que es
el que mejor se sabe
de las manos valer.

Oyó un topo la bulla
y dijo: "Pues, pardiez,
que voy allá y en rueda
me he de meter también".

Pidió que lo admitiesen,
y el mono, muy cortés,
se lo otorgó, sin duda
para hacer burla de él.

El topo a cada paso
daba veinte traspiés,
porque tiene los ojos
cubiertos de una piel.

Y a la primera vuelta,
como era de creer
facilísimamente
pillan a su merced.

De ser gallina ciega
le tocaba la vez,
¿y quién mejor podía
hacer este papel?

Pero él, con disimulo
por el bien parecer,
dijo al mono: "Qué hacemos?
Vaya! me venda usted?"

—
Si el que es ciego y lo sabe
aparenta que ve,
quien sabe que es idiota,
confesará que lo es?





Esta fotografía fue tomada en el Instituto Pedagógico de esta ciudad, y en ella aparecen, entre las niñas del curso Montessori, dos de los indietos Huitotos traídos del Sur por Emilio Murillo, quien se ve atrás, con la directora y dos profesoras del colegio.



El último trimotor venido del Amazonas, nos trajo esta vista de la simpática escuela de Leticia, de la cual es maestro don Julio Vélez Duque, joven antioqueño animoso y entusiasta.

Viene de la pag. 10.

res y frutas, que eran de una gran belleza, yo me senté al lado del agua, a la sombra de los árboles. Comí algunas frutas, deliciosamente perfumadas, y un sueño invencible se apoderó de mí. No sé cuánto tiempo estuve durmiendo. Pero cuando me levanté no vi el buque.

Miré a todas partes, y hallé que estaba solo en la isla. Muy lejos, por fin, divisé el navío, pero en seguida lo perdí de vista.

Grité en vano y lloré de rabia al verme abandonado, pero mi pesar era estéril y mi llanto de nada servía para aliviar mi situación. Por fin, me resigné con la voluntad de Dios, y sin saber qué hacer, subí a la copa de un árbol para ver si divisaba algo que me diese alguna esperanza: por el lado del mar, sólo se veían el agua y el cielo. Al cabo de un rato, creí adivinar a lo lejos una especie de edificio blanco, entre las rocas, y bajé de mi observatorio para encaminarme allá, llevando las provisiones que tenía.

Vi con mucho asombro, cuando estuve cerca, que no era ningún edificio, sino una enorme bola blanca de altura y grueso prodigiosos. Di vueltas al rededor para ver si lograba hallar alguna abertura, pero no pude descubrir ninguna, y tampoco pude subir encima porque su superficie era lisa y suave como el marfil.

Súbitamente, la luz del sol que estaba en el cenit se oscureció como si la ocultase una espesa nube, y creí que se trataba de algún eclipse; pero al levantar los ojos al cielo, vi que entre el sol y la tierra viajaba un enorme pájaro, que se dirigía, veloz como el simún, a donde yo estaba. Entonces me acordé de que había un ave llamada rock, de la que hablan con frecuencia los marineros y comprendí que la inmensa bola que tanto me admiraba era el único huevo que dicho pájaro pone cada dos mil años.

El rock se dejó caer sobre él como para cubrirlo, y para evitar su peso que me habría aplastado, me dejé caer junto al huevo, la más resguardado que pude, y lo hice de tal suerte que una de las monstruosas patas del ave mágica quedó junto a mí, y me fue fácil atarme a ella con la tela desenrollada de mi turbante, de modo que cuan-

do amaneció y el pájaro levantó el vuelo, me llevó consigo, tan alto que no descubría la tierra. Y luego se precipitó con tanta rapidez sobre un continente que casi quedé sin respiración.

Una vez en tierra desaté mis ligaduras, y no había acabado de soltarme, cuando el ave cogió con su pico una serpiente de una longitud inaudita, y remontó de nuevo el vuelo.

Sigue el segundo viaje de Simbad.

El valle de los diamantes.

Simbad aspiró algunas bocanadas de su narghilé, perfumado con rosas de Persia, y el humo azul flotó sobre su cabeza majestuosa. Ahmed con la boca abierta y las manos sobre las rodillas, permanecía inmóvil, encantado con aquel prodigioso relato. Y Simbad siguió contando:

—Me hallaba en un profundo valle, rodeado de montañas tan altas, que sus cimas azules se confundían con el cielo. Y no había ningún camino, y todo era escarpado, y ni una miserable hierba crecía en aquel roquedal.

No tenía nada qué comer y estaba pisando sobre diamantes, pero en tan gran número y tan maravillosamente puros, que sus destellos herían la vista. Era como un rocío fabuloso sobre las pizarras azules.

Oí de pronto como el roce de un traje de seda sobre las rocas. Me volví esperando hallar una presencia humana, y me quedé helado de terror al ver alejarse, sinuosa, una larga serpiente gris, gris como las pizarras.

Todo el día lo pasé recorriendo el valle sin salida, o descansando al abrigo de los peñascos para protegerme del sol de plomo.

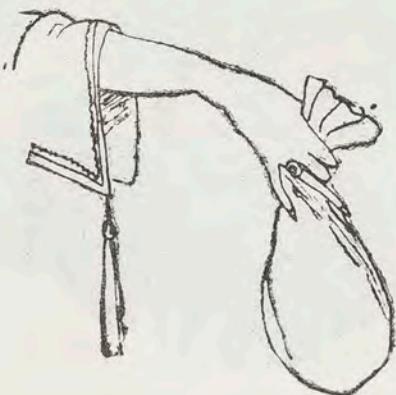


Y cuando se puso el sol oí de nuevo el terrible roce sedoso de los reptiles, que salían de entre las piedras, porque sabían que el ave rock estaba ya lejos. Lleno de espanto, me refugié en una caverna y cerré la entrada con una gran piedra, que apenas dejaba pasar un poco de aire y de luz. Toda la noche estuve despierto oyendo el terrible silbido de las serpientes. Algunas de ellas eran tan gruesas que podían tragarse un elefante.

Al amanecer volvieron los reptiles a sus escondrijos. Salí con miedo de mi gruta y volví a pisar los fabulosos diamantes, que ya no excitaban mi codicia. Me senté al pie de una peña, y como no había logrado cerrar los ojos en toda la noche, me quedé profundamente dormido.

Me despertó un ruido sordo a mi lado, de algo que había caído cerca a mí. Era un gran trozo de carne fresca, y luego vi caer y rodar muchos otros. Entonces recordé lo que contaban los marineros del barco, de la industria de que se valen algunos mercaderes para sacar los diamantes del terrible valle, sin bajar a él para nada. Dicen que dichos comerciantes acuden a aquellos lugares en la época que las águilas tienen polluelos, y arrojan grandes trozos de carne al valle. Los diamantes se pegan a ellos y cuando las águilas, que en aquel país son gigantes, ven la carne sanguinolenta al sol, se arrojan sobre ella para llevarla a su nido. Los comerciantes corren hacia donde se hallan esos nidos, y con gritos y piedras obligan a huir a las águilas, y se apoderan de los diamantes pegados a la carne, y éste es el único medio que hay para apoderarse de las espléndidas piedras.

Ese recuerdo me hizo imaginar un medio



para salir de aquel sepulcro. Llené mi cinturón y una bolsa de cuero de los más gruesos diamantes, y cogí luego un enorme trozo de carne que me até al rededor de la cintura con el lienzo de mi turbante, y me eché boca abajo en el suelo, sin hacer el menor movimiento que pudiese espantar a las aves de presa.

Y así sucedió que la más poderosa de las águilas, pareciéndole yo una buena adquisición, se arrojó sobre mí y me transportó a su nido en la cima de la montaña.

En seguida oí los gritos de los mercaderes para espantar a las águilas, y cuando las aves huyeron graznando furiosamente, descubrí un rostro humano, lleno de sorpresa al verme allí. Recuerdo que cuando se serenó, en vez de informarse de mi presencia insólita en aquel lugar, comenzó a quejarse reconveniéndome porque le había arrebatado su hacienda.

—Consuélese el mercader —le dije—. Más diamantes poseo yo que todos los que pueda tener los comerciantes de la tierra. Si ellos los tienen es por casualidad; en cambio, yo los he elegido en el fondo del valle, uno por uno, y a mi gusto.

Cuando los mercaderes vieron el tesoro incalculable que encerraba mi bolsa de cuero, quedaron como deslumbrados, y más aún cuando supieron mi peregrina historia y el ingenioso y atrevido medio que hube de imaginar para ponerme en salvo.

Fui con ellos a la posada, y allí rogué al mercader a quien pertenecía el nido del águila, que tomase las piedras que fueran de su agrado, pero se contentó con escoger un solo diamante, y no de los más hermosos, y aun ése a fuerza de ruegos, declarando que con ese diamante le haría vivir feliz el resto de sus días.

Al siguiente partí con los mercaderes y con sus caravanas de camellos atravesamos cordilleras de montañas muy elevadas, en las que abundan las serpientes de gran tamaño, pero un indio de Ceilán que venía con nosotros silbó en una flauta de madera pintada una melodía monótona, y a nuestro paso las serpientes se alzaban sobre las colas, y bailaban sin hacernos ningún mal.

(Continuará)

LA EXPEDICION DE JIMENEZ DE QUESADA

En la mañana del 6 de abril de 1536, 820 soldados de infantería, macheteros y rodeeros y 85 de caballería emprendieron la arriesgada excursión hacia las tierras que debían extenderse más allá de las **tierras** de Santa Marta. La viva imaginación de los españoles, su valor a prueba, su ambición desmedida de honores y dinero les impulsaba a avanzar rápidamente por aquellas pavorosas serranías, llenas de peligros; por ese caudaloso Magdalena colmado de caimanes y de plagas terribles. Así en esa mañana, cosa era de ver, mis queridos lectorcitos, la actividad inusitada de militares y civiles; quién enseñaba sus armas de fuego, quién terminaba de probar el corte de su espada y quién se ejercitaba en el manejo de la rodela, que había de defenderlo de las flechas envenenadas de los enemigos que encontraría a su paso. Y los de la caballería, sobando el lomo de sus precisos caballos, les encargaban cariñosos se compartaran con valor y obediencia. Aquello era cosa de volverse loco. Qué variedad de vestidos y colores, qué semblantes aquellos llenos de esperanza. Y... en el nombre de Dios, los unos Magdalena arriba, y los otros tierra adentro, dieron su adiós a Santa Marta, sin pensar, la mayoría, que jamás habrían de volver.

Selva adentro, la caballería se dirige a las tierras de Tamalameque, porque allá, en la desembocadura del río César, ha de encontrarse con los que vienen por el río. Bien pronto comienza el pelear. Los indios Chimilas les salen al encuentro; pero lo que es más grave de todo, es la lucha a brazo partido con la naturaleza, su enemiga poderosa. A cada paso les abre un precipicio, les atraviesa un río torrentoso, les asusta con animales que ellos jamás habían visto, y no contenta con esto, hace volcar la embarcación donde venían las ropas y los víveres, y los conquistadores no se arredran. Siguen adelante.

Muchísimos van enfermos, uno de ellos se ha vuelto loco, por el hambre y las enfermedades, pero no importa. La selva les da vértigo y ya no quieren sino avanzar y a-

vanzar. Y allá van. Pobrecitos, es cosa de lástima. Quién reconoce en estos hombres envejecidos, llenos de granos, de palidez que da miedo, de barbas que aterran, a los animosos que el 6 de abril salieron de Santa Marta?

Día y días, y la perspectiva no cambia. Las embarcaciones que lanzaron al Magdalena no parecen y ya no hay fuerzas para seguir. Pero seguirán porque la selva ya no los suelta. Salen por fin a las orillas del gran río y allá, a lo lejos descubren un poblado en unas barrancas bermejas; siguen río arriba con ánimo de encontrar recursos, mas todo en vano. Los caballos, su elemento salvador, comienzan a desaparecer sin saberse cómo. Es que a escondidas de los jefes, los soldados los están matando para comérselos. Esto no puede seguir.

La sublevación cunde en los más cobardes y Quesada, aconsejado por su grande ayudante San Martín, los somete. Que los enfermos regresen y los que se sientan con ánimo que lo sigan. Dos expediciones parciales siguen a olfatear el camino. Y aguas arriba del río Opón, que acaban de descubrir, pero que no saben si será o no navegable, se lanzan el capitán San Martín y sus compañeros. Y, mis viejos, la constancia vence. Al segundo día de navegación encuentran una canoa tripulada por tres indios, que llevan en ella unos panes de sal. Los indígenas que en su vida habían visto monstruos o dioses iguales a los que acaban de ver, se arrojan al agua. Dos escapan, pero el otro cae prisionero. Por señas les dice que más abajo está el depósito de esos panes blancos y aún más allá viven millares de gentes.

Laus Deo, debieron exclamar. Yo creo que locos se volvieron de contento, y allá abajo está la *casa de la sal*; por fin se le encontró a la conquista la sal del cuento. Ascenden a una empinada roca y desde allí encuentran el paraíso. Inmensos campos, llenos de culivos, se extienden hasta donde la vista no alcanza; satisfacción igual fue ésta a la del valiente Balboa, cuando descubrió el Mar del Sur. Este nuevo mar de verdor,

NOCIONES DE FISICA

El centro de gravedad.

Tómese un cartón y cuélguese de un hilo por una de sus esquinas o vértices. Una vez que está quieto, trácese sobre el cartón una recta que continúe la línea del hilo de que está suspendido. Cuélguese luego el cartón de otros puntos y hágase lo mismo, es decir, trácense sobre él las verticales correspondientes a la línea del hilo. Hecho esto, se observará que todas las rectas trazadas se encuentran en un punto que se llama centro de gravedad. Colgando el cartón, o cualquiera otro objeto, de su centro de gravedad, o apoyándolo en la punta de un lápiz, queda en equilibrio.

El centro de gravedad de todo cuerpo se halla en el punto donde se cortan todas las verticales que pasan por los puntos de suspensión.

Si se toma una regla o un bastón y se apoya sobre el lado de un lápiz, y se va moviendo hasta que quede en equilibrio, el centro de gravedad de la regla o del bastón, se hallará encima del punto de apoyo.

En general, todo cuerpo estable, un edificio o una botella, por ejemplo, tiene su centro de gravedad

situado de modo que la recta vertical que pasa por él cae dentro de la base. Si la vertical cae fuera de la base, el cuerpo se viene al suelo. Esto explica por qué los cuerpos de ancha base se sostienen mejor que los de base reducida. Un hombre con los pies separados, que forman una ancha base, es más difícil de derribar que el que se sostiene sobre un sólo pie o con los pies muy juntos.

La caída de los cuerpos.

Atraídos por la Tierra todos los cuerpos caen; pero si soltamos un papel o una moneda, observamos que la moneda cae con más rapidez, y parece que la Tierra la atrae con más fuerza que al papel. Si se dispone de un tubo ancho y largo de cristal, del cual se ha extraído el aire, y se dejan caer dentro de él plumas, bolitas de papel o de corcho, monedas etc., se verá que todos estos objetos caen con una misma rapidez. Lo que pasa cuando se hace la experiencia al aire libre, es que el mismo aire opone distinta resistencia al papel o a la moneda, y por eso caen con velocidad distinta.

era mucho más rico, por el momento, que el de Balboa.

Afanosos y creyendo que sueñan, regresan al campamento de su jefe, donde ya no encuentran hombre sano. Todos se arrastran por el suelo sin fuerzas para más, aquél delira en medio de la fiebre, éste espía el momento de poder comerse el caballo que hace dos días se murió y que ya está podrido. Por todo alimento a cada uno le tocaban diariamente 40 granos de maíz. Cuál de vosotros, lectorcitos, será capaz de pasar todo un día con la sola ración de 40 maíces?

Pero llega San Martín. Escúchanle atónitos, no quieren creer lo que él les cuenta.

Recogen el último resto de fuerza que les queda y se embarcan.

De rodillas caen todos cuando San Martín les señala el valle que acaba de descubrir. Para qué ponderarlo. Se trataba de la tierra de los Chibchas!

Pero cuánto había costado su conquista! De los 860 hombres que salieron de Santa Marta, sólo quedaban 160! Y con este número se conquistó al pueblo más adelantado de nuestro territorio! Admiramos el valor del pueblo conquistador, veneremos la memoria de Jiménez de Quesada y de sus compañeros!

Tío Remiendos.

EL GATO CON BOTAS

Un molinero tenía tres hijos, y al morir, legó el molino al primogénito, el asno al segundo y el gato al más pequeño.

Este último quedó muy descontento con la parte de la herencia que le había tocado, pero Micifús, el gato, le dijo:

—Mi querido amo, cómprame un par de botas y un saco y pronto te he de demostrar que te seré de más utilidad que un molino o un asno.

Así pues, el hijo menor invirtió todo el capital que poseía en comprar un hermoso par de botas y un saco para su gatito.

Calzóse el gato las botas y echándose el saco auestas, se encaminó hacia un sitio en que había una conejera. Llegado allí, abrió el saco, metió dentro una porción de salvado y se tendió en el suelo haciéndose el muerto. Excitado por el olor del salvado, salió un conejo y se dirigió al saco corriendo. El gato cogió el conejo, lo mató al punto y se lo llevó al rey, a quien le dijo:

—Señor, el noble marqués de Carabas me manda que os traiga este conejo. Guisado con cebollitas, hallará Vuestra Majestad que es un plato delicioso.

—Conejo?—exclamó el rey; Qué rico! Me gusta el conejo, pero mi concinero no puede nunca coger ninguno. Házme el favor de dar a tu amo mis más regias gracias.

Al siguiente día cogió el gato dos perdices y se las llevó al rey como regalo del marqués de Carabas. Púsose el rey tan contento que hizo preparar inmediatamente su carroza para que lo condujese a él y a su hija, la princesa, a casa del noble súbdito que le había hecho tan espléndidos regalos.

Corrió Micifús hacia donde se hallaba el hijo menor del molinero y le dijo:

—Venid conmigo al momento y os enseñaré un lugar en el río donde podéis tomar un buen baño.

Lo condujo el gato a un sitio por donde debía pasar en breve la real carroza, le dijo que se desnudase y escondiese la ropa debajo de una piedra y se echara al agua. Acababa de sumergirse en el río cuando pasaron por allí el rey y la princesa.

—Socorro, socorro!, gritó el gatito.

—Qué sucede?, exclamó el rey.

—Que unos ladrones han robado la ropa del noble marqués de Carabas, dijo el gato. Mi amo está allí, en el agua, y si permanece en ella mucho tiempo, le darán calambres.

Mandó el rey a sus servidores que fueran corriendo a palacio a buscar la mejor ropa que encontrasen, y regresaron con un magnífico vestido que había sido hecho para el propio rey, cuando empezaba a cortejar.

Púsose el hijo menor del molinero y quedó tan guapo que la princesa se enamoró de él no bien hubo entrado en la real carroza. Emocionado el rey al verle, murmuró al oído de su hija:

—Así era yo precisamente veinte años atrás, cuando empecé a cortejar.

El gato estaba encantado del feliz éxito de su plan y corriendo por delante de la real carroza llegó a unos trigales y praderas, diciendo a los labradores que en ellos trabajaban:

—El rey va a venir, y si no le

decís que estos trigales y aquellas praderas pertenecen al marqués de Carabas, os hará triturar como carne de albondiguillas.

De suerte que cuando pasó el rey por allí y les preguntó de quién eran aquellos trigales y praderas, los labradores le contestaron:

—Del muy noble marqués de Carabas.

—Diantre!—dijo el rey al hijo del molinero. Qué propiedades tan hermosas tenéis!

Sonrióse turbado el hijo del molinero; y el rey murmuró al oído de la princesa:

—Asimismo estaba yo de turbado cuando empecé a cortejar.

Continuaba Micifús corriendo delante de la real carroza y atravesando un frondoso bosque llegó a la puerta de un magnífico palacio, en el cual vivía un ogro que era el verdadero dueño de los trigales y de las praderas. Llamó el gato a la puerta, abrióla el ogro, y díjole aquél:

—Mi querido ogro: vaya unas historias que circulan por todas partes acerca de ti! Es cierto que puedes cambiar de forma siempre que lo quieras?

—Cierto—dijo el ogro.

Y transformóse súbitamente en león.

—Esto no es nada, dijo el gatito. Cualquiera puede hincharse y aparecer más voluminoso de lo que realmente es. Unicamente el sabio puede aparecer más pequeño de lo que es. Puedes, por ejemplo, transformarte en ratón?

—Me es igual, contestó el ogro. Y se convirtió en ratón. Echóle

el gato un zarpazo, se lo tragó y bajó a abrir la puerta en el preciso momento en que llegaba la real carroza.

—Bien venido, seáis, señor al palacio del marqués de Carabas, dijo el gato.

—Diantre!—exclamó el rey, qué palacio más hermoso poseéis. Hacedme el obsequio de ayudar a la princesa a bajar de la carroza.

El hijo del molinero ofreció tímidamente el brazo a la princesa, y el rey murmuró a su oído:

—Así era yo de tímido, cuando empecé a cortejar.

El gato, entretanto, se metió en la cocina, y mandó que sirviesen un gran almuerzo y que pusieran los vinos más exquisitos de la bodega; y en el tiempo que emplearon el rey, la princesa y el hijo menor del molinero en sentarse a la mesa, el banquete estaba ya listo.

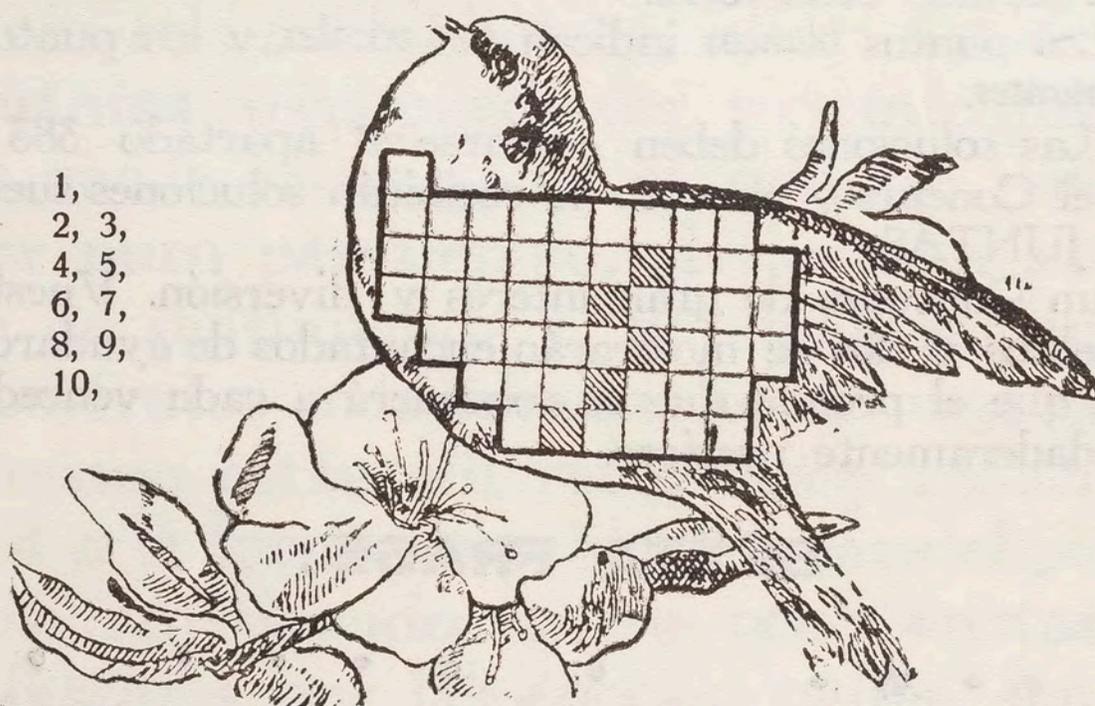
Después de almorzar opíparamente, volvióse el rey hacia el hijo del molinero, y le dijo:

—Joven, eres exactamente tan tímido que como lo era yo cuando empecé a cortejar. Pero veo que estás tan profundamente enamorado de la princesa como ella lo está de ti. Por qué no le propones matrimonio?

Pidió entonces el hijo menor a la princesa que fuese su esposa; consintió ella y poco tiempo después celebróse la boda con gran pompa. Micifús asistió a la fiesta calzado con un par de botas nuevecitas, con vueltas de cuero de color de púrpura y dos hileras de finísimos diamantes engarzados en ella.

CRUCIGRAMA

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10



Horizontalmente:

- 1—El que va de camino.
- 2—Querrás.
- 3—El acto de ir de un sitio a otro.
- 4—Moneda peruana (Pl).
- 5—Juntar.
- 6—En los árboles. (Pl.)
- 7—Del verbo atar.
- 8—Astro.
- 9—Legumbre y palabra fea.
- 10—En el tejado.

Verticalmente:

- 1—Juego de niños. (Pl.)
- 2—Afecto grande.
- 3—Perversas.
- 4—Del verbo ir.
- 5—Aljetivo relacionado con la nariz.
- 6—En la baraja.
- 7—Contracción.
- 8—Recipiente de barro para el agua.
- 9—El que se entiende con la edición de una obra.
- 10—Del verbo arar.

Niños:

Cuidad vuestros libros, no los perdáis, no los manchéis ni rompáis; conservadlos con afecto porque son vuestros mejores amigos; colocadlos al alcance de la mano, ordenándolos por colores o por materias, e id formando vuestra biblioteca particular. “Qué hermosa es una biblioteca, dice Amicis. Cuántas cosas puede ver y cuánto gusto puede sacar, aun el que lee sólo por puro pasatiempo, si tiene un poco de sentimiento y de imaginación. Los frutos más admirables del ingenio humano están allí recogidos y reducidos a la forma de pequeños paralelepípedos, aprisionados entre ocho aristas, diferentes por las épocas, países, lengua, materia y dignidad, puestos en fila como un ejército. Un compartimiento nos ofrece los siglos pasados, otro nos transporta a países lejanos, éste nos toca el corazón, el de más allá excita la risa, nos hace soñar un tercero, un cuarto nos hace pensar y otro saltársenos las lágrimas sin querer”.

VAJILLAS

de pedernal inglés, con decoraciones hechas a mano, estilos clásicos y modernos.

CRIS OF LONDON !
(Gritos de Londres).

Colección de platos para muros de comedor, con pinturas célebres, representativas de escenas típicas de Londres.

VAJILLAS DE CRISTAL

de Bacarat y de Bohemia, de 84 y 146 piezas.

PLATOS DE PEDERNAL

de recipiente para agua caliente que mantienen tibios los alimentos para los niños.

Servicios para café, de porcelana decorada para 12 personas.

CAMACHO ROLDAN & CIA. - S. A.
ALMACEN NUEVO

7-87, calle 12 - Bogotá - Teléfonos: 97-80, 97-81, 97-82.

JUEGOS DE TE

de Porcelana
Japonesa.

LINDOS ESTILOS



PRECIOS BAJOS



ALMACEN "MIO"

(PLAZA DE BOLIVAR)



*Ahora comprendo
por qué fuma papá !*

N I Ñ O S

Aprovechen los domingos para pasear con sus familias en los trenes de recreo, beneficiándose con el reducido valor de los pasajes que les ofrece el

CONSEJO ADMINISTRATIVO DE LOS FERROCARRILES

El pasaje hasta Apulo, de un sábado a lunes, en primera clase, incluyendo el servicio del hotel, sólo cuesta \$ 9.80. El pasaje de ida y regreso al Salto de Tequendama, en sábado o domingo, y en primera clase, vale \$ 0.50. En el magnífico hotel del Salto se les atenderá por un precio muy módico.

JUVENTUD DE AHORRO, VEJEZ DE ORO

EL PORVENIR ES INCIERTO - ECONOMICE USTED ALGO DE LO QUE GANA
TODOS LOS DIAS - LLEVE SUS AHORROS
A LA

CAJA COLOMBIANA DE AHORROS

PLANTA BAJA DEL EDIFICIO DEL BANCO DE LA REPUBLICA, Y SOLICITE UNA PRECIOSA AL-
CANCIA PARA EL AHORRO EN EL HOGAR

